

Mes vacances en Espagne, de Edgar Quinet: del pueblo y su lengua¹

ENCARNACIÓN MEDINA ARJONA

Universidad de Jaén

Si el ejercicio del pensamiento es el alma de la sociedad moderna, el trabajo de las ideas se extiende a las propias obras literarias; jamás antes la poesía y las obras de ficción pretendieron ser más pensantes ni tuvieron una autoridad espiritual tan amplia como en el siglo XIX.² Y, aunque el tono de los libros de viajes del periodo de la Monarchie de Juillet viene dado por Gautier, por Alexandre Dumas, por Nerval, el libro del viaje de Quinet por tierras españolas aporta una nueva sensibilidad. En 1841, Alexandre Dumas publica sus *Excursions sur les bords du Rhin*. El relato de Dumas alterna aventuras, diálogos, encuentros con pasajes más profundos, pero en esta década de 1840 queda aún por escribir sobre el Rhin en historiador y pensador. Sería Victor Hugo, a quien “la rápida y violenta corriente de ideas” (Dumas 96), que constituía el río, le serviría para presentarse como pensador: “Je suis un grand regardeur de toutes choses, rien de plus, mais je crois avoir raison; toute chose contient une pensée; je tâche d’extraire la pensée de la chose” (Dumas 381). Lo mismo ocurre con España. *Le Voyage en Espagne* de Théophile Gautier, aparecido en *La Presse* de Émile de Girardin, el verano de 1840, mezcla la crónica humorística y las indicaciones turísticas, así, la fantasía no excluye la observación seria y simpática (Savy 17). Faltaba, pues, por aparecer un libro escrito por un verdadero conocedor de la literatura y de la cultura española; faltaba un largo paseo que siguiera el hilo del lenguaje y la comunicación de las ideas en España³. Entre 1843 y 1844, Edgar Quinet escribe *Mes vacances en Espagne*, estamos ante el humanitarismo, que duda menos que ninguna otra ideología a poner el futuro bajo la invocación de los hombres de sentimiento y de imaginación.⁴

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación BFF2003-02569, del Ministerio de Educación y Ciencia, cofinanciado con fondos FEDER.

² Véase Paul Bénichou, *Le temps des prophètes. Doctrines de l’âge romantique*. Paris, Gallimard, 1977.

³ Véase Mercè Boixareu y Robin Lefere (coord.), *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación*, Madrid, Castalia, 2002.

⁴ Véase Paul Bénichou, *op.cit.*

En la misma línea que Chateaubriand, en su *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, Quinet privilegia la idea, el símbolo, y, espectador de la política española del momento, busca, recordando la historia pasada, revelar la historia por venir. La vida política y la actividad parlamentaria proporcionaron el desarrollo de la circulación de información. Pero, sobre todo, la historia comenzaba a exigir la valorización del individuo y de lo original. En plena década, entre 1843 y 1844, Quinet visita España con el convencimiento de que su viaje le acercaría a lo que él llamaba un renacimiento literario. Creyendo ver estallar por todas partes los gérmenes de un espíritu nuevo, dirá: “Je pris plaisir à décrire cette renaissance. Les hommes que l’expérience de la vie publique avait blessés se consolait au spectacle de l’imagination et de la poésie” (4).⁵ Efectivamente, política y literatura estaban íntimamente ligadas por aquella fecha en la vida pública española; tanto es así que, el propio Joaquín María López, presidente del consejo, le escribió más tarde a Quinet comunicándole que estaba traduciendo su obra, por su fidelidad, y que le estaba añadiendo notas sobre la administración de la que él mismo había sido jefe.

El recorrido de Quinet serpentea entre la vida pública, a cuyo desarrollo asiste personalmente, y el espíritu del pueblo, marcados ambos por la tradición literaria que los acompaña. Cuando el autor narra que ha visto a dos caballeros guardando el alma de un soldado que van a fusilar, invoca al Romancero y apostilla: “Où êtes-vous, bons rois du *Romancero*, en *Burgos está el buen Rey*, Doña Elvire, Doña Sol, longues cavalcades d’hidalgos, aux habits de soie, aux estocs d’or?” (14). Y, cuando invoca a los buenos reyes del Romancero, no hace más que apelar ante la nueva reina, Isabel II, para que dejara la expresión helada de sus ojos, cuando los de sus súbditos llevaban el calor del Sur: “N’a-t-elle pas compris ce langage de la terre d’Espagne? [...] Serait-il possible, madame, que vous n’eussiez pas entendu ce cri des entrailles de l’Espagne!” (21).

Edgar Quinet es testigo de las fiestas de celebración por la mayoría de edad de la nueva reina. Asiste a varias representaciones del momento y, en el teatro Príncipe (29-30), asiste a la expresión literaria de los sentimientos del pueblo. En un diálogo con otro espectador, comenta la entrada de un personaje extraordinario, vestido de negro y que irrumpe con violencia; el hombre explica al escritor francés que se trata del “espíritu de partido”, la causa de todos sus males. Un

⁵ Para el conjunto de citas que siguen, nos referiremos a Edgar Quinet, *Mes vacances en Espagne*, Paris, L’Harmattan, 1998 (Reedición del Tome 9 des oeuvres “complètes”, Edition Pagnerre, Paris, 1857).

segundo personaje se mantiene inmóvil, envuelto en una capa roja, y sin poder cruzar la escena; se trata del extranjero que, en vano, pretende invadir España, le explica el espectador. Un tercer personaje representa el interés, siempre hambriento y corrompido a los hombres públicos. Y todos ellos se retiran ante la aparición de la gran Isabel la Católica, quien resucitaba de la tumba con un libro de la constitución en la mano. No sería ésta la única ocasión en que Quinet observara la expresión literaria del momento político. En el teatro de La Cruz, Zorrilla hacía conversar juntos a la Guerra, armada según la Antigüedad para figurar su alma pagana, la Paz, noble matrona vestida de blando y la buena Fe, en traje de campesino castellano. Durante la representación, fue aclamado el personaje de Écho, mujer joven, vestida de fantasía, que “rassemblait toutes les voix de l’Espagne, depuis le murmure de l’insecte bourdonnant sous le chaume jusqu’à la psalmodie des moines et au sifflement de la mitraille dans la guerre civile” (30). Quinet la interpreta como la voz poética de la Península. La joven sería interrumpida por la llegada del Tiempo, con su reloj de arena en la mano, y Quinet explica a sus lectores franceses que, para España, el siglo llega a su fin; el viejo da la vuelta a su reloj y una nueva época comienza, “es el mes de mayo de 1843; el final se aproxima”(Tuñón 160). La lectura que Quinet, autor de *Les Institutions politiques dans leurs rapports avec la religion*, hace de lo que acaba de presenciar le lleva a declarar que el pueblo español tiene tanta vida, que la presta a ciertas abstracciones que, sin embargo, en esos tiempos ya no significa nada para el resto del mundo. Entiende, pues, que los españoles inauguraban el gobierno constitucional como un acto de fe, recordándole los *Autos sacramentales* de Calderón, “sueños utópicos para el futuro al lado de una nostalgia del pasado” (Schenk 18).

Quinet advierte pronto la gran importancia que el lenguaje ocupa en el espíritu del pueblo español y se detiene en la idea de que si los soldados han hecho la revolución; los escritores trabajan por deshacerla. No deja de lado el significado del Ateneo como centro de la sociedad literaria de Madrid. Considera que dicha institución, dirigida sucesivamente por Martínez de la Rosa, por Olózaga, o por Pidal, asigna a sus debates sobre cuestiones literarias el movimiento de la vida política: “C’est une tentative pour régner sur le pays par la pensée, seul joug que, jusqu’à présent, il n’ait pas voulu porter” (42).

Considerando a “Alcalá Galiano uno de los eminentes oradores de España, Quinet comenta la excelencia de la lengua española en la boca de tal hombre: “Elle me semble réunir à

la fois la mélodie de l'italien, l'âpreté de l'arabe, la vigueur du saxo, la grâce du provençal, tout cela joint à une majesté qui n'est qu'à elle" (43). El torrente de la lengua es, entonces, considerado tan fuerte como una fuerza natural que como una acción humana más fuerte que el propio orador que se deja arrastrar por ella. En el caso de Galiano, Quinet observa cómo éste combatía, una tras otra, todas las definiciones dadas de la libertad; pero como no las sustituía por ninguna, se deducía que España había vertido ríos de sangre para perseguir un fantasma que resultada ser sólo una palabra: "C'était l'éloquence d'un homme sincère, qui brise ce qu'il a élevé, et, dans un désespoir tout viril, s'indigne de la stérilité de ses anciennes idoles" (43). En la fuerza misteriosa e irresistible de la oratoria es donde el pensador francés cree ver la única razón que mueve a España. No cabe duda de que Quinet, más poeta que historiador, concibe, al estilo de Michelet, la historia como una resurrección (Michel 192).

Entre los políticos admirados por su elocuencia se encuentra también Joaquín María López: "L'éloquence de M. López est si espagnole, elle tient si peu du caractère des autres tribunes, que rien n'est plus difficile que d'en donner l'idée. [...] il a les accents d'un coeur qui se déchire et qui s'ouvre" (67). Quinet reconocerá en la voz del político el calor, la vida y el sol del sur de España. Pero, sobre todo, las pasiones amontonadas y contenidas de los hombres que éste representa y, con una prosa poética, señala: "La lave ne cesse plus de couler autour de l'auditoire. [...] Il m'a rappelé le taureau de combat quand on ouvre la barrière" (67). Y, sin dejar de repetir el leitmotiv que circula por *Mes vacances en Espagne*, relaciona el lenguaje que utiliza López para denunciar la camarilla con la literatura y apunta que encontró en López el orador que buscaba en el país de Calderón, el que mezcla la poesía con el razonamiento y el Romancero con las invectivas constitucionales. La fascinación y el respeto que ejerce la palabra, la lengua española sobre la asamblea, la observa como un símbolo, y la diferencia con los demás círculos políticos europeos, en que debe ser debido al largo tiempo que el pueblo español estuvo callado. Sin embargo, deducimos que, mientras el pueblo recibe la grandeza de la palabra como algo propio a su idiosincrasia, Quinet, admirador de la literatura del Siglo de Oro, la sacraliza diciendo que las palabras parecen subir con la solemnidad de las glorias de un Murillo en una catedral, pues, según él, la majestad de la oratoria de López hacían "penser à la poésie des autos de Calderón: "a Vérité était avant qu'il y eût des rois dans le monde. Les rois et les trônes ne sont rien; il sont fondés sur un sable fragile, s'ils n'ont pour fondement la vérité et la justice. Nous

devons la vérité à Dieu, à nous-mêmes; nous la devons aux peuples, qui ne nous envoient pas ici pour que nous leur transmettions une fausse monnaie" (9).

De la literatura que en la época se hacía en España, Edgar Quinet focaliza su atención en la forma en que, situado desde las ruinas de España, desde una columna de miseria, Larra miraba a Europa. Veía un Larra que insertaba la vida pública española en el contexto de trastorno radical de la política europea del siglo XIX:

[...] en France, un peuple quasi-libre qui n'a pu faire qu'une quasi-révolution; sur le trône un quasi-roi, quasi-assassiné, qui représente une quasi-légitimité [...]; en Italie, un souverain Pontifice dont quasi-personne ne se soucie; en Hollande, un roi quasi-enragé; à Constantinople, un empire quasi-agonisant; en Angleterre, un orgueil national quasi-intolérable; en Espagne, une vieille nation, qui un jours, se teint ses cheveux blancs, une autre, non; un pays que l'on dit n'être pas mûr, et qui pourtant est un fruit passé, puisqu'il est tombé de la branche; [...] par malheur beaucoup d'hommes quasi-ineptes, une intervention, résultat d'un quasi-traité, quasi-oublié, avec des nations quasi-alliées; en un mot, un grand quasi dans tout l'univers (100).

En el espíritu de Larra, no sólo España, sino toda Europa estaba muerta; los pueblos del viejo mundo caminaban hacia la nada. Y todo lo que Quinet observaba era que Larra reclamaba para España el derecho de terminar su peregrinación hacia el vacío.

Con la misma idea de muerte pública sobre la que Larra construía su discurso, Quinet teje el hilo conductor que guiará su particular visión del pueblo español. El autor francés acude al símbolo del pasado que supone el Escorial. Cuando acude a visitar el monumento en busca de los ecos de un glorioso pasado de caballerías, catedrales, mezquitas y arte gótico, el autor de *Napoléon* descubre una arquitectura rígida y absolutista: "Car l'Escorial semble bâti d'hier. Cette blancheur incorruptible d'un monument élevé en haine de la vie, ces formes de la renaissance, cette apparence de jeunesse que revêt là le génie de la mort, vous blessent comme un défi" (86). Felipe II y su arquitectura no dejan de asemejarse a un mausoleo, a la tumba de España. Y, sin embargo, vuelve a establecer en el texto de *Mes vacances en Espagne*, el recuerdo que le inspira la poética de una tragedia de Calderón, la fiesta y el duelo, la austeridad y la voluptuosidad, el trono y el sepulcro, el ir y venir de un extremo al otro del mundo moral.

Sometido a la mudez desde la época de Felipe II, el pueblo español, según nos los presenta Quinet, vuelve a hablar de nuevo en las voces del político Joaquín López o del literato Zorrilla, ambos admirados en la época por su fama y su amor a España: "Quoi! Pensé-je en moi-même, il y a encore un pays dans le monde où le poète a une place auprès du tribun dans le coeur des alguazils désappointés!... Et le silence recommençant, je rêvai à mon aise de la résurrection du seizième siècle" (111). Como un impulso de la fuerza del lenguaje, liberada en la escritura de Zorrilla, Quinet considera que de nuevo suenan el mundo de las aventuras, los versos sonoros desbordan de recuerdos y leyendas. Considerando a Zorrilla como el escritor que abre las puertas al sueño que ocupa a cualquier español, ve salir de nuevo al mundo de la imaginación a los hidalgos, a los pintores, a las mujeres. Y se sorprende gratamente al ver la literatura adquirir de nuevo la forma de los libros de caballería.

Sin embargo, la amabilidad de Quinet hacia las nuevas formas literarias que el romanticismo estaban dejando en España no le impiden anotar su crítica al teatro español: "L'absence des passions nouvelles s'y fait trop sentir" (118). Como si los dramaturgos se hubieran puesto de acuerdo para que no salieran a la escena los sentimientos modernos, Quinet echa en falta la popularización y el desarrollo de la revolución en las almas. La observación que ya hiciera Hartzenbusch sobre un público que se interesaba lánguidamente por un teatro de la edad media, pero que no aceptaba que se le representara al natural, es la que lleva a Quinet a comprobar que cuando los poetas dramáticos han querido llevar el siglo a la escena, siempre fueron mal recibidos por el público. La propuesta e invitación de Quinet a los literatos españoles es contundente: había que ser el amigo o el enemigo de la revolución. Ahí es donde había que encontrar la emoción, el drama. A los ojos de Quinet (que ya en su *Prométhée* anunciaba la ruina futura del cristianismo, pero anunciaba la democracia como materialización de los Evangelios), junto a la Revolución, el tema de la Iglesia queda también pendiente en los escritores españoles. En el momento de agonía de la Iglesia, los poetas no han sido decisivos para erigirse en intérpretes religiosos de la Revolución. Las emociones de la nueva España no eran en aquellos momentos utilizadas por los poetas en los términos que los interpretaba Edgar Quinet, que, según él, deberían haber hecho hablar en la escena tanto a la Iglesia como a la Revolución, haber fundamentado la fuerza del drama en ese gran duelo de la época:

[...] quel est jusqu'ici le caractère novateur de la Révolution dans le génie espagnol? De l'harmonie à profusion, le rajeunissement des anciennes formes nationales, une poésie brillante et sereine qui s'épanouit sur des sépulcres, et pourtant, aucune oeuvre qui l'emporte avec soi le sceau profond et l'âme d'une époque; dans la tribune, une éloquence ardente sans théorie; sur la scène, un art charmant, sans émotion (122).

A modo de conclusión, podemos decir que el viaje de Edgar Quinet por España le lleva a acercarse a la historia del pueblo español a través de un trenzado entre la historia y el significado del lenguaje. Subrayando a menudo el silencio de los españoles lo contrapone en cada uno de sus párrafos con la admiración por la expresión de la palabra, germen de la soberanía colectiva. Ese pueblo "mudo" sabe de su necesidad de una autoridad espiritual, pero dicho cargo sólo es entendido por Quinet como asignado a grandes pensadores, o al pueblo en su democracia, o al individuo en su libertad. El tono desolador de *Mes vacances en Espagne* responde a la carencia de esa "palabra pública" encargada de dirigir los destinos de los españoles a mediados del siglo XIX.

OBRAS CITADAS

- Bénichou, Paul. *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*. Paris: Gallimard, 1977.
- Boixareu, Mercè y Robin Lefere. *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación*. Madrid: Castalia, 2002.
- Hugo, Victor. *Le Rhin*. Paris: Imprimerie nationale, 1906.
- Michel, Arlette. *Littérature française du XIXe siècle*. Paris: PUF, 1993.
- Quinet, Edgar. *Mes vacances en Espagne*. Paris: L'Harmattan, 1998.
- Savy, Nicole. *Victor Hugo, voyageur de l'Europe*. Bruxelles: Editions Labor, 1997.
- Schenk, Hans Georg. *El espíritu de los románticos europeos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Tuñón de Lara, Manuel. *La España del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Laia, 1975.